

COPLA, MIGRACIÓN Y DUELO

EL DUELO DEL EMIGRANTE EN LA COPLA ANDALUZA

Aitana González Ortiz de Zárate

College of New Caledonia

La migración, como fenómeno relevante en la España de los años 50 y 60, fue recogida en la copla andaluza, y los pesares a ella asociados fueron interpretados en conocidos pasodobles como *El Emigrante*, de Juan Valderrama, que nos expresa sus afectos de la siguiente manera:

*Tengo que hacer un rosario,
Con los dientes de marfil,
Para que pueda besarlo,
Cuando esté lejos de ti,*

*Sobre sus cuentas divinas,
Hechas con nardos y jazmín,
Rezaré para que me ampare,
Aquella que está en San Gil.*

*Adiós mi España querida,
Dentro de mi alma
Te llevo metida,*

*Aunque soy un emigrante
Jamás en la vida,
Yo podré olvidarte.*

*Cuando salí de mi tierra,
Volví la cara llorando,
Porque lo que más quería
Atrás me lo iba dejando,*

*Llevaba por compañera,
A mi virgen de San Gil,
Un recuerdo y una pena
Y un rosario de marfil
[...]*

*Yo soy un pobre emigrante
Y traigo a esta tierra extraña,
En mi pecho un estandarte,
Con la alegría de España,*

*Con mi patria y con mi novia
Y mi Virgen de San Gil,
Y mi rosario de cuentas,
Yo me quisiera morir.”*

Juan Valderrama. *El emigrante.*

Por su parte, Antonio Molina también expresaría el desgarró que supone la despedida en *Adiós a España*:

*‘Tengo una copla morena hecha de brisa, de brisa y de sol
cruzando la mar serena, con ella te digo adiós*

*Adiós mi España preciosa, la tierra donde nací
bonita, alegre y graciosa como una rosa de abril
ay, ay, ay, voy a morir de pena viviendo tan lejos de ti.*

*Cruzando la mar serena, con ella te digo adiós
que lejos te vas quedando España de mi querer
a Dios le pido llorando que pronto te vuelva a ver*

*Como una rosa encendida perfuma mi corazón
adiós mi España querida pa' ti canto mi canción
y al darte mi despedida, y es beso, y es oración
Mi España tierra querida, pa' siempre adiós.’’*

Antonio Molina. *Adiós a España*.

La migración -del latín migratio, -ōnis-, denota según la RAE, el desplazamiento geográfico de individuos o grupos, generalmente por causas económicas o sociales. Se trata de un desplazamiento en el que alguien es movido del lugar en el que está, es trasladado de un lugar a otro.

Abordando la migración desde la teoría psicoanalítica, este desplazamiento implicaría un abandono. El abandono no solo de lugares, sino también de objetos amados que han tenido un papel central en la construcción psíquica del individuo, y que, en tanto que conforman lo conocido y familiar, le aportan seguridad, sosteniendo el marco desde el que ese individuo opera.

Ante ese abandono, el emigrante se encuentra desorientado, desprotegido, desamparado. Ha perdido su patria, su tierra, su cultura, sus mitos. Ha perdido sus objetos amados, su marco de referencia, lo familiar, lo seguro, lo cercano, lo primario.

La copla andaluza, como instrumento de representación de la vida anímica de sus autores y de las gentes de su tiempo, plasmó deseos y anhelos, desgarros, penas, y miedos. Transformó en canción esos sentimientos y abordó la migración y los estados que ésta evoca, expresando el dolor y la angustia de la despedida.

“...*Cuando salí de mi tierra / volví la cara llorando / porque lo que más quería / atrás
me lo iba dejando.*”

Juan Valderrama. *El emigrante.*

“...*ay, ay, ay, voy a morir de pena viviendo tan lejos de ti.*”

Antonio Molina. *Adiós a España.*

Sufrimiento, desgarró, llanto, dolor, pena.

Pero ¿Por qué esa pena tan grande? ¿Por qué ese profundo dolor? Porque para el emigrante, como ya revelaría Freud en *Duelo y Melancolía* (1917), la patria supondría la abstracción de la persona amada, del objeto amado, y su pérdida implicaría, por tanto, un duelo. El emigrante reaccionaría a la pérdida de la patria como lo haría ante la pérdida del objeto amado, transitando una fase de duelo, de desazón profunda.

En ese duelo, el emigrante padecería grandes desviaciones de su conducta normal. Cancelaría su interés por el mundo exterior – por ese mundo nuevo que no le recuerda a su patria querida, ese mundo distinto y frío, tan despojado del calor de las tradiciones y los significados cercanos, de los mitos de la propia cultura-. El emigrante vivenciaría el desinterés y la incapacidad para amar de nuevo, para investir nuevos objetos de libido y hacerlos así objetos de amor, ya que esta libido se encontraría aún ligada a la tierra perdida.

El individuo que atraviesa un duelo se enfrenta a la tarea de descubrir, a través del análisis de la realidad y en palabras de Freud (1917), que el objeto amado ya no existe más, para así desligar la libido de sus enlaces con el objeto, desinvirtiendo multitud de representaciones que se mantenían ligadas a él. De esta manera, el individuo irá clausurando los recuerdos en que la libido se anudaba al objeto, quedando así desinhibido, libre de nuevo, provisto de libido y en disposición para volver a amar, para investir a un objeto nuevo.

En este proceso, el emigrante experimentará la ambivalencia afectiva, porque si bien la tierra representa su objeto de amor, deberá elaborar también los afectos de odio que permanecen inconscientes, y que serán directamente proporcionales al amor que siente por el objeto. Si bien lo conocido y familiar, lo culturalmente propio, le aporta calor y seguridad, también le mantiene atado, le resta libertad. En su propia tierra, la cultura, las tradiciones, lo familiar, los mitos, los significados, actúan generando inercias y corrientes que empujan a los individuos a actuar de determinada manera, dentro de ese marco, acatando las normas de ese sistema, y siguiendo una determinada trayectoria, recorriendo un camino prefijado. Así, la propia tierra simbolizará, como hemos descrito, lo amado, lo primario, lo seguro, pero representará a la vez la atadura, lo estricto, lo marcado, la obligación, lo que ha de ser, lo que establece el camino a seguir. Ese objeto de amor, esa madre-patria, supondrá para el individuo lo amoroso, lo seguro, lo propio, pero también esa otra parte inconsciente, reprimida, que se relaciona con lo impuesto, lo obligado, lo inflexible, lo que ha de ser. El individuo experimentará esta ambivalencia afectiva hacia esa madre-patria, que será amada, y a la vez odiada. Aparecerá así lo siniestro que hay en ella, el odio inconsciente a ese objeto amado, lo hostil de la propia tierra y la propia tradición que no fue narrado, sino silenciado, reprimido, que no fue expresado, sino que fue enviado fuera de la conciencia, que no tuvo hueco en el discurso, por lo que fue relegado al inconsciente (Freud, 1919).

El emigrante experimentará dolor y angustia, dolor como reacción frente a la pérdida de la tierra amada y angustia frente al peligro que esa pérdida conlleva (Freud, 1925). Desprotección, desamparo, desarraigo, unido a la falta de elementos conocidos, seguros, reconfortantes. Una vez más, el individuo experimentará dolor por aquello que ha perdido, su tierra, su familia, sus gentes, sus mitos, y experimentará angustia por aquello que esa pérdida implica, que no supone sólo la pérdida de lo amoroso, sino también el miedo a ser castigado por haberse salido de lo pautado, por haber abandonado la patria, el miedo a no ser reconocido, a convertirse en extranjero en su propia tierra, a sentirse extraño, a no ser digno de amor, a no ser amado.

En este proceso, consistente en desligar la libido del objeto de amor que ya no existe, el emigrante se encuentra con el obstáculo de saber que su tierra sigue existiendo, dando pie a las consiguientes ensoñaciones y fantasías de regreso (Mira, 2015). El emigrante debe descubrir que el objeto amado ya no existe más, aun sabiendo de su existencia. Debe descubrir que, aunque su

tierra sigue existiendo, no existe ya como objeto de amor (Freud, 1917). Se encuentra, sin duda, ante una paradoja difícil de abordar. Para resolver este conflicto, el emigrante ha de incorporar la idea del paso del tiempo, de la maduración, que lo llevan, necesariamente, a abordar el tema de la propia finitud, de la propia muerte. Supone abrazar la idea del cambio incesante, que ya reconocería Heráclito, la idea de la transformación constante, del proceso continuo de nacimiento y destrucción. Si bien la tierra propia sigue existiendo, no lo hace ya en los mismos términos, no significa ya lo mismo que significó en su día, no representa ya aquello que representó en su origen. Este proceso implica la maduración del individuo, que se aleja de las idealizaciones y los miedos infantiles porque cuenta ya con una estructura y unos recursos sólidos que le permiten hacer frente a esos miedos primarios. Supone el reconocimiento de que la ausencia de la madre-patria no genera ya angustia y desamparo, y que el rechazo o la falta de su amor no significan ya la muerte. Aunque la madre-patria siga existiendo, ésta ya no es la misma, ha sufrido una transformación, porque en ese cambio incesante que experimenta el individuo, su significado se ha visto transformado.

La tarea del emigrante se asemeja al camino de la cura analítica (Mira, 2015). Ha de pasar por el duelo y la aceptación de la falta, la falta del país natal. Supone la renuncia a esa madre-patria, a esa idealización, a ese paraíso perdido, a ese objeto amado, bueno, total, absoluto. Y es que, como objeto total, como absoluto, como idealización, se conforma también infantil. El individuo ha de identificar lo no-bueno, lo reprimido, lo siniestro, la falta, la grieta, lo real. Porque como esa madre-solo-buena no existe más que en el ideario infantil, esa patria-solo-buena, perfecta, ese paraíso perdido, esa idealización, son también infantiles. El individuo ha de pasar por el duelo y la pérdida del objeto amado, ha de pasar por la caída de lo absoluto, de lo solo-bueno, de lo perfecto, para poder identificar lo reprimido, lo que genera angustia, lo ominoso, lo siniestro. Y descubrir así que lo siniestro es parte también del objeto amado, que la madre patria no es solo buena, no es ideal, es buena y mala, es imperfecta, es real.

Volviendo a la concepción de migración como desplazamiento, ésta implicaría un abandono del lugar en el que se estaba, una pérdida, pero implicaría a su vez la llegada a uno nuevo, el descubrimiento, la maduración, la consciencia, el saber real. El tránsito por el dolor tendría su recompensa, ya que supondría la incorporación de lo real, lo imperfecto, lo ambivalente, la consciencia de esa patria-no-tan-buena.

Cuando el emigrante sea capaz de hacer frente al duelo, de incorporar la pérdida y desvincular la libido de la patria perdida, podrá investir el nuevo lugar de libido y comenzar esa construcción de mundos nuevos. La libido volverá al yo y éste estará en disposición para amar de nuevo.

Y solo después de haber aceptado esa falta, después de haber pasado por el duelo, después de haber renunciado al objeto, podrá el emigrante reconocer que, aunque perdió el objeto, nunca lo perdió, aunque se fue de su patria, nunca la abandonó, porque esos objetos, como piedras fundadoras de la psique del individuo, se encuentran en los cimientos de la psique misma. Como plasma Juan Valderrama en *El Emigrante*:

“Adiós mi España querida, / dentro de mi alma / te llevo metida. / Y aunque soy un emigrante / jamás en la vida / yo podré olvidarte. ”

REFERENCIAS

- FREUD, S. (1917): “Duelo y melancolía”, *Obras Completas, Tomo XIV*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 235-256.
- FREUD, S. (1919): “Lo ominoso”. *Obras Completas. Tomo XVII*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 226-227.
- FREUD, S. (1925): “Inhibición, síntoma y angustia”. *Obras Completas, Tomo XX*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 71-164.
- LLANOS BUSTAMANTE, E. (2013): “Nostalgia y Migración”. *Revista Psicoanálisis, 11, Lima, 139-150.* http://www.spp.com.pe/uploads/biblioteca/BiViPsiL/Revista_SPP/Llanos_11.pdf
- MIRA, V. (2015): “Exilio y Lengua”. *Colegio de Psicoanálisis, Madrid.*
<http://www.colpsicoanalisis-madrid.com/exilio-y-lengua/>
- FARIAS DE JORGE, L. J. “El duelo y sus vicisitudes clínicas”. *El sigma.*
<http://www.elsigma.com/introduccion-al-psicoanalisis/el-duelo-y-sus-vicisitudes-clinicas/2380>